

Miguel Mazzeo

ALICIA EN EL PAÍS



APUNTES SOBRE ALICIA EGUREN
Y SU TIEMPO

COLIHUE

MIGUEL MAZZEO

**ALICIA EN EL PAÍS
APUNTES SOBRE ALICIA EGUREN Y SU TIEMPO**

Soñó primero con Alicia, y la vio de nuevo allí sentada,
con sus brazos alrededor de las rodillas
y sus brillantes y ardientes ojos puestos en los suyos.

Lewis Carroll
Alicia en el País de las Maravillas

Dejadme sonreír,
permitidme que sonría...
¿Alguien,
algunos
acaso pueden
pueden todavía vencer a la Muerte?
Alicia Eguren

PRÓLOGO

ÓLEO DE UNA MUJER

La Eguren. Alicia. La Cookeskaia. ¿Cómo nombrarla? La poeta, la revolucionaria, la resistente, la mujer del sombrero y la rara elegancia, la agitadora de *Nuevo Hombre*, la tejedora de alianzas transversales, la ávida escritora de cartas sin respuesta, la detenida-desaparecida, la asesinada en la ESMA. Alicia. La Eguren. La conocimos en destellos: recuerdo alguna conversación ríspida en la que un antiguo militante setentista llamaba a no nombrarla porque su libertad deseante había hecho sufrir a su compañero, y el héroe, John William en este caso, debía ser protegido. Silenciar su memoria, como una condena póstuma, una moralización pendiente.

¿De qué modos se fue amasando el cincel para romper esa lápida, el encuentro no solo con su destino de víctima del terrorismo de Estado, sino con sus obras poéticas y políticas? ¿Cómo se fue trazando un camino para que hoy estemos prologando la primera biografía de Alicia y en paralelo se estén editando sus obras completas?

Miguel Mazzeo, quien la escribe, ya había publicado *El hereje. Apuntes sobre John William Cooke* y tramado un vínculo con Pedro Catella, el hijo de Alicia y depositario de una parte del archivo. Otra parte del archivo está en la Biblioteca Nacional, donado por Carlos Lafforgue, que lo atesoró no sin riesgos durante décadas. La misma institución había realizado la edición facsimilar de la revista *Nuevo Hombre* en 2015. María Seoane escribió *Bravas*, y trazó las biografías de Alicia y sobre Pirí Lugones, mujeres que centellearon en el cielo de las insurgencias, pero hundieron sus pies en los más terrestres afectos y oficios. La biografía que escribe Miguel se narra tomando esos distintos documentos, trozos de una vida intensa, que fulguran como restos.

Nunca una vida se nos presenta despojada de complicaciones y saber su sentido es una apuesta, un esfuerzo, quizás un acto arbitrario. Sin embargo, no dejamos de intentarlo, cada vez que trazamos un retrato, un semblante, una biografía. Ese acto, es también el develamiento de los "reflejos de una vida", como escribió Horacio González en un libro tremendo sobre Perón, donde no sabemos si esos reflejos son sobre la vida del general o sobre la del autor, porque en su propia existencia temblaron esos destellos, resonancias del nombre que no dejó de signar la vida política argentina. Entonces, una biografía es también el dar cuenta de los reflejos que esa vida proyecta sobre la nuestra. Escribimos desde una resonancia, del modo en que somos afectadas, afectados por lo que atravesó y creó esa persona cuya historia nos desvela lo suficiente como para arrojarnos a la investigación y a la escritura. Arrojarlos, también, al temblor de lo que se nos presenta como difícil de comprender, los modos en que esa persona vivió, creó, amó, pensó.

Una biografía es un esfuerzo de saltar una distancia para volver aprehensible la diferencia. Este libro de Miguel es a la vez una biografía de Alicia Eguren y un ensayo sobre la consistencia de esas diferencias, sobre los esfuerzos necesarios. Una reflexión sobre la edad de escritura de la biografía, signada a la vez por la fuerza de los feminismos

y por la distancia con una idea de insurgencia revolucionaria como la que vivió Eguren. Su vida fue tenacidad en el quehacer revolucionario, y ninguno de sus tramos –incluso la decisión final de demorar la salida de Buenos Aires mientras el terrorismo de Estado iba cosechando víctimas–, puede comprenderse sin ese horizonte mayor que daba sentido al sacrificio. La revolución exigía el compromiso total: “hagan de cuenta, desde ahora, que ya están muertos. Lo que vivan de aquí en adelante, será de prestado”, narra Ciro Bustos que le dijo el emblema mayor de la revolución latinoamericana. Como también narra que luego del desastre final del EGP en Salta, del cual fue integrante, y cuando su balance de la experiencia era muy crítico respecto de la estrategia foquista, bastó esa frase dicha por otra insurgente –El Che quiere verte– para que supiera que su vida seguía estando comprometida con ese único esfuerzo.

No se pueden juzgar esas frases desde el páramo tendido por la cruentísima derrota, páramo que es proliferación gritona de razones por las cuales las cosas deben permanecer como están y convertir el horror por la injusticia en festejos por una desigualdad meritocrática. Pero esas frases han sido consideradas en la doliente consideración de quienes no renunciaron a la crítica del capitalismo, como ocurrió con la carta de Oscar del Barco –en la que revisa sus propios compromisos con la experiencia trágica de la guerrilla dirigida por Jorge Ricardo Masetti, pero también piensa lo intolerable de decidir sobre la vida y muerte de otras personas– o con la fundamental intervención de León Rozitchner en el debate que surgió a raíz de esa carta. León intentó desplazar la discusión del No matarás al Vivirás, para señalar que lo que se debe discutir es, precisamente, la vida y las luchas para que esta sea vivible, digna, para todxs. Esos debates transcurrieron en los años en los que el kirchnerismo había reabierto los juicios a los genocidas e intentaba ligar la idea de justicia por los crímenes del pasado con la de reparación de las injusticias del presente. En ese contexto se volvió a conversar y a polemizar sobre los años setenta. Quizás nunca se dejó de hablar de estos temas en Argentina, pero con los juicios reabiertos y con una apuesta política a volver a pensar la transformación social, el escenario era más propicio para dar discusiones fuera de las rutinas ofensivas de las derechas y sus denuncias de supuestas equivalencias entre las violencias.

La biografía de Alicia Eguren trae de nuevo estas discusiones, en un pliegue particular: el de la tensa relación entre izquierdas y peronismos o, para decirlo con más precisión, el de los esfuerzos de varios militantes, entre los que ella fulguraba, para hacer del peronismo una fuerza revolucionaria, vinculando al viejo movimiento y a su líder con las insurgencias tercermundistas. Los problemas y apuestas que se filian habitualmente en el nombre de John William Cooke, su compañero. Como muy bien reconstruye Miguel, esas posiciones fueron elaboradas y sostenidas por ambos. No solo por las coincidencias y complicidades mientras vivía el autor de *Apuntes para la militancia*, sino porque el Cooke que conocemos es en parte elaboración de Eguren. En 1971 ella publicó la Correspondencia entre Perón y Cooke, en la que los intercambios fervorosos y las distancias posteriores trazan un mapa de lo que sucede con la izquierda peronista. En *Nuevo Hombre* edita “Apuntes sobre el Che”, escrito inconcluso, en el que su compañero había trabajado luego de la muerte del revolucionario en La Higuera. Son intervenciones

precisas en las batallas de los setenta, porque no se trata de recordar al amado, sino de hacer presente el modo en el que había pensado la política y transmitirlo.

Alicia parece incansable, terca, obstinada. Retoma el guante de escribirle a Perón, trata de verlo. A lo largo de muchas páginas se la percibe exigida por una responsabilidad y a la vez lúcida tejedora de alianzas necesarias. Radicaliza y a la vez ampara las diferencias. Miguel va anotando cada paso, transcribiendo cartas, mientras piensa quién es esa mujer que no deja de escurrirse. Una mujer de apariencias múltiples, a veces de fajina militar, otras de "rara elegancia". Cuenta Vicente Zito Lema que, a principios de los 70, estaba con compañeros en un bar "cuando apareció por sorpresa, casi provocativamente por la espalda, una mujer vestida con extraña elegancia, con un aire marcado de romanticismo, casi de más para esa hora del día. Supe entonces que era Alicia Eguren. Se rió de nuestra sorpresa y dijo algo así: 'deben tener cuidado, no son buenos tiempos para estar regalados'". Horacio González, en el prólogo de la edición facsimilar de *Nuevo Hombre*, relata que "al finalizar una de las clases multitudinarias que entonces daba en la Universidad, se acerca una mujer un tanto mayor (que hoy tendría como veinte años menos que yo) y me dice 'bravo, profesor'. Quizás era una ironía, pues en esa época, uno no ahorraba estereotipos, pero esa presencia que se vestía con elegancia y hasta exhibía un sombrero de alas anchas, inusual ya para ese estudiantado, era una curiosa visitante. Era Alicia Eguren". Esos recuerdos mentan a la vez la sorpresa y la admiración conmovida que despertaba su nombre.

Miguel encara una tarea que no está privada de complicaciones, porque tiene que reconstruir los trazos de una vida sobre ese escenario en el que confluyen mitologías, añoranzas, arrojos. No solo se trata de considerar los documentos, conseguirlos, procurar archivos, también necesita despejar esos modos en que se recuerda a Alicia: la compañera abnegada, la puta, la heroína sin fisuras. ¿Qué hay de los temores, los afectos, los enojos, las materialidades vividas de lo cotidiano? Están los enojos con la obesidad de Cooke y las trapisondas de este para esconder comida, los gustos plebeyos y los amores políticos. El libro recorre también esas situaciones íntimas, jocosas, airadas, que de algún modo son coronadas por la carta testamento de John, donde no se priva de una risa amarga y una apuesta materialista.

Pero aun narrando el cotidiano, está la cuestión de la excepcionalidad, porque la de Alicia se trata, sin dudas, de una vida profundamente singular. ¿Cómo plantear esa singularidad sin construir un fondo de obediencias donde se recorta? El riesgo de considerar la excepcionalidad –y en algunos tramos el autor se tiente– es que se construye una nitidez que posterga un mapa de tensiones, obstáculos, mandatos de género, tretas de las subalternas, negociaciones, subterfugios y desobediencias parciales. A partir de los trabajos de Primo Levi sobre los campos nazis, pero también, por acá, por parte de Pilar Calveiro en Poder y desaparición, la necesidad de considerar las zonas grises antes que los heroísmos, y ese planteo hereda y reconfigura modos de tratar las luchas de lxs subalternxs.

Miguel es un investigador formado, con considerables libros escritos. Escribe este libro a la vez con entusiasmo y con preocupación sobre su lugar de escritor. Pone a quien lee

al tanto del problema: ¿puede un varón, con esa identidad asignada desde nacer, comprender y escribir la vida de una mujer? El problema de la época es doble: no solo aprehender la travesía de una revolucionaria desde tiempos sin revolución, sino narrar la biografía de una mujer en épocas en que el feminismo interroga a fondo las condiciones y los privilegios de la enunciación masculina. Miguel incorpora distintas reflexiones sobre el patriarcado y sus efectos sobre el campo de la escritura, en especial cuánto arrastra de androcentrismo la presunción de universalidad.

En dos cuestiones me interesa detenerme. Una, la consideración sobre si Alicia fue o no feminista, menos por la respuesta que por lo que abre esa pregunta, que siempre nos obliga a pensar alrededor de qué se asocia a ese término, reconocer las batallas por su significación, considerar sus ligazones políticas, interrogar los anudamientos entre creencias, discursos y prácticas. Porque si uno de los temas del cookismo fue la confrontación por lo que llevan los nombres –inolvidable tajo de la enunciación: en Argentina los comunistas somos nosotros–; esa cuestión aparece cada vez que se dice feminismo, en un arco que va desde las que lo cultivaron renegando del nombre (porque elegían como identidad la alusión a una intervención política más específica) hasta las que lo asumieron recortando mucho su fuerza emancipatoria. Miguel tira del hilo biográfico de Eguren para considerar esos debates.

La otra cuestión es la que lo interroga a él mismo: ¿no es una reiteración del privilegio masculino el arrogarse a escribir la vida de una mujer y construir una explicación sobre esa historia? Una posible crítica que surgiría menos de una reflexión feminista que de una asunción lineal del reparto sexo-genérico de lo sensible, en el que mujeres se ocuparían de asuntos de mujeres, varones de varones, trans de trans, cis de cis, y así siguiendo. Sin embargo, se convierte en exigencia de una reflexión, modificación del conocimiento y del discurso, sin recurrir al pedido de disculpas como pago de un peaje para volver con velocidad al carril conocido. Miguel logra hacer lo primero, situando los dilemas éticos y políticos que acarrea. Se hace cargo, así, de la edad de escritura del libro y de lo que estalla con los feminismos masivos: un conjunto de modificaciones en el orden de lo sensible, lo visible, lo nombrable.

Un libro sobre una vida en la revolución o una vida para la revolución, es también un libro sobre los géneros, en varios sentidos. Sobre la opresión sexo-genérica y el modo en que esa relación tiñe toda la experiencia vital, y sobre los géneros de escritura. El libro se vuelve anfibio: biografía, ensayo, historia, literatura. El autor asume las dificultades apelando a construir una narración cuya forma no está dada de antemano. Al hacerlo, pone la escritura a la altura de la vida singular que la reclama. Singularidad y mutua afectación, porque si siempre escribir un ensayo es un ejercicio de modificación personal y sensible, en este caso Miguel Mazzeo lo pone en primer plano y nos queda la sensación de que escribir sobre Alicia –esa vida que nos llega del pasado– es su modo de habitar los rasgos más promisorios e insumisos de nuestra época.

María Pía López

PRESENTACIÓN

Supe de John William Cooke en mi adolescencia, a comienzos de la década de 1980. Desde ese momento su figura acompaña mi itinerario militante. Sus textos, su praxis, en fin, su legado, me ayudaron y me ayudan a comprender este país. Y, a pesar del interminable acopio de datos adversos, me alientan a cambiarlo. Con John vino Alicia Eguren. Noté desde el principio que no se trataba de una figura secundaria, que ella poseía una densidad histórica propia. Alicia, anticipadora en diversos órdenes, había sido igual o más “herética” y “diabólica” que John.

A pesar de esa constatación temprana, en el transcurso de los años produje muchas páginas devotas, y seguramente desaparejas, sobre John, pero muy pocas sobre Alicia. Una desproporción infundada. Consciente entonces de la injusticia que entrañaba la subrepresentación de Alicia en el relato histórico, me aboqué al intento reparador. Al comienzo no fue fácil. Me costó mucho encarar una escritura de largo aliento sobre Alicia. Un conjunto de taras me inhibía a la hora de enfrentar ese proyecto, especialmente algunas que se fundaban en concepciones –ahora lo veo más claro– machistas, androcéntricas, patriarcales y, también, logocéntricas. En efecto, en esas taras se fundaban mis limitaciones para darle a Alicia un tratamiento independiente de la figura de John, para recuperar la visibilidad de su agencia femenina precursora, para hallar la obra más allá de los textos y para reconstruir su itinerario con documentos relativamente escasos. Alicia, además, se me reveló como una figura compleja, con una personalidad repleta de intersecciones.

Estimaba que el ensayo político más o menos tradicional –prácticamente un “sitio de confort” para mí– era a todas luces deficiente para abarcar a una figura como la de Alicia, con profusión de aristas y matices inexplorados. Los géneros biográficos me parecían más apropiados, pero igual de insuficientes, aún aquellos que logran confrontar, con cierta eficacia, biografía e historia. Estimaba que los géneros académicos eran más inapropiados aún; tal vez porque promueven las lecturas atomizadoras de la realidad, unos formatos hiperrealistas, unos estilos estandarizados; o porque privilegian algunas habilidades donde lo que se gana en las formas se pierde en las significaciones y, sobre todo, en lo emocional; o porque pretenden preservar la distinción sujeto-objeto rechazando toda empatía. Sospecho que en esta distinción y en este rechazo subyace una identificación con las clases dominantes, con los vencedores.

Al mismo tiempo, no quería incurrir en los vicios de las “hagiografías comunistas”, con sus formulismos, con sus letanías, con su frialdad necrológica, con sus relatos igual de estandarizados que los géneros académicos. No quería caer en la mera recitación de los méritos revolucionarios de Alicia. No se conjuran así los peligros que amenazan la continuidad de las tradiciones rebeldes y se corre el riesgo de caer en el tradicionalismo. El formalismo y la solemnidad de una retahíla no le hacen justicia y no aportan demasiado a la reconstrucción del aura en que flotaba. Juzgo necesario actualizar las retóricas del heroísmo, ponerlas a tono con las luchas actuales: anticoloniales, antiimperialistas, anticapitalistas, antipatriarcales.

Consideraba también que no valía la pena perder el tiempo en un ejercicio que fundamentara la ubicación de Alicia en el "Olimpo" de las y los mártires de la revolución. No haríamos más que reforzar la idea de su excepcionalidad radical. La reconstruiríamos como una figura lejana y marmórea, inalcanzable e irrepetible. Ensalzando su singularidad, estaríamos conspirando contra la memoria de lo que fue sueño y proyecto colectivo. Una apología planteada desde este tipo de emplazamientos sólo serviría para encubrir maniobras dogmáticas, conservadoras, posibilistas, resignadas. La "vía olímpica" también suele alimentar los abordajes a-críticos del tropo (y la discursividad) de la "víctima militante". Peor todavía, abona las críticas que, desde versiones remozadas de la Teoría de los dos demonios, o desde la abierta apología del terrorismo de Estado, se han planteado respecto de esa imagen y ese marco narrativo.

Por otro lado, los géneros mencionados tampoco me servían para dar cuenta de la variedad y calidad de los insumos con los que conté y que condicionaron mi escritura. Sentía que debía recurrir, además, a otros géneros y registros para dar cuenta de la vida y el tiempo de Alicia y de la suma de los actos que los definen y le otorgan una unidad profunda. ¿Cómo aprehender y reflejar su pasión y su drama? ¿Cómo administrar las construcciones simbólicas sobre Alicia (con su enorme carga emocional) y articularlas con su palabra, con los diversos simbolismos, con los documentos y con las pruebas? ¿Cómo explicar la "metodología de ruptura" que supo poner en acto en diversos órdenes? ¿Cuál es la narrativa más catalizadora y coagulante de los insumos disponibles?

Sentía que debía hallar una prosa profana que, sin abjurar del rigor historiográfico, abandonara el "patrón oro de la historiografía" y priorizara el rigor afectivo; porque el afecto –sobre todo cuando es "afecto crítico"– tiene la capacidad de entrelazar lo epistemológico con lo ontológico. Las escrituras profesionalizadas promueven ejercicios en los que el grado de desapasionamiento se considera índice de cientificidad, rigor y valor. Un grado de desapasionamiento que, además, conlleva una cuota de narcisismo y que conspira contra una participación plena en el presente y contra la posibilidad de una existencia colectiva.

Como no podía (no puedo) desprenderme de la pasión a la hora de considerar a los seres humanos, mucho menos tratándose de una figura como la de Alicia, necesitaba elaborar una escritura capaz de poner en valor el peso específico de las lenguas orales y de los recuerdos lanzados como pájaros, una escritura fluyente y polimorfa que fuera al fondo de las metáforas que recibí como herencia con el objetivo de gestionar (y reproducir) una memoria colectiva con su idoneidad para amalgamar, corregir y transformar. Una escritura que sirviera para recoger las palabras y los sueños que Alicia dejó tras ella.

Entendía que debía honrar los testimonios y la cuota de verdad (y afectividad) que ellos atesoraban, pero sin dejar de detenerme en algunos ejercicios de develamiento de los intereses puestos en juego en las evocaciones de la figura de Alicia. Por eso intento honrar críticamente los testimonios, lo que implica procesar el prejuicio, la distorsión y los silencios como materiales historiográficos y políticos. En realidad, este *modus operandi* me ha servido para hallar en el prejuicio, en la distorsión y en los silencios, las marcas de los sentimientos y la creatividad de los protagonistas.

En fin, necesitaba situarme en las antípodas de las escrituras hieráticas, tanto periodísticas como académicas, especializadas en negociar con los recuerdos suntuarios, o peor aún, con la sangre derramada y sus vestigios. A esto último conduce el supuesto indiferentismo en materia de valores.

Todas mis elecciones retóricas, la utilización deliberada de jergas políticas (viejas y nuevas), de nombres en lugar de apellidos, el tono que en algunos pasajes puede rozar lo melodramático o lo panfletario, en fin: una oralidad militante, van en esta dirección; al igual que la negativa a sobreactuar una distancia (afectiva, valorativa) respecto de ciertos personajes y ciertos testimonios. No pierdo el tiempo en esconder el amor o el odio a las voces que aquí intento reavivar. No quiero purificarme de esa memoria. Al contrario. No oculto mis filias y mis fobias. No trato de cubrir las manchas del apego y de la melancolía. No enmascaro mis intenciones apologéticas y mi deseo de sumar mi módico aporte a la sistematización de una "matrística" emancipadora. Tengo la certeza de que el amor sólo puede traicionar a la memoria en aspectos secundarios.

No escribo –Julio Cortázar *dixit*– midiendo cada frase. Tampoco busco subterfugios para eludir la crudeza y para diluir mi personalidad. Trato de conservar un reducto de cosas innegociables. La neutralidad no es más que un rechazo a la toma de partido, un signo de idiotez moral. Yo no soy neutral. No puedo ni quiero ser neutral. En ciertos casos, la equidistancia no es otra cosa que infranqueable distancia y el "promedio" es sólo el lugar de la carencia. La "ecuanimidad" suele ser la cobertura de una radical indiferencia. Como decía Paulo Freire: "no es posible 'lavarse las manos' frente a irreconciliables, a no ser poniéndose del lado de los fuertes".¹ Estoy abocado al rescate de un tramo del hilo rojo de nuestra historia, pretendo recuperar el dialecto de la irreductible rebeldía. Priorizo unas conexiones de sentido sobre otras. Trato de fijar una imagen desde mi situación. Me siento orgulloso de mi parcialidad. Dejo la neutralidad axiológica para la sociología académica norteamericana y me compadezco de los condenados y las condenadas al empirismo abstracto.

Para rozar el registro más cercano a la verdad (de la vida), para cubrir algunos vacíos, para generar una sensación de realidad, sentía que debía detenerme en algunos detalles, intentar una historia más quiromántica que algebraica. Para alcanzar tales fines estimaba que no me quedaba otra alternativa que arrasar con las fronteras que imponen los géneros y ensamblarlos en un todo lo más coherente y armonioso posible. Tarea por demás compleja. Por eso este libro incluye –de forma un tanto velada– una especie de Diario de la escritura de este libro. Por eso, en algunos resquicios de sus páginas se filtran ingobernables influencias de autoras y autores que practicaron con destreza el género biográfico y que frecuenté en mi adolescencia: desde Manuel Gálvez a Isaac Deutscher, desde Álvaro Yunque a Howard Fast, pasando ineludiblemente por Marguerite Yourcenar.

¹ Freire, Paulo, *Las Iglesias, la educación y el proceso de liberación humana en la historia*, Buenos Aires, La Aurora, 1986, p. 6.

Finalmente, algo mas complicado aún; si como reza la consigna feminista: "lo personal es político", de ningún modo podía desentenderme de los esfuerzos por dar cuenta de los aspectos usualmente considerados "privados" o "cotidianos", dado que en ellos se ponen de manifiesto relaciones de dominación (en especial las relaciones de dominación masculina sexo-genérica) y, al mismo tiempo, se ejercen resistencias y se experimentan relaciones alternativas, igualitarias y democráticas. En efecto, dicha consigna posee unas dimensiones epistemológicas y metodológicas que resultan fundamentales para superar el carácter androcéntrico de las reconstrucciones históricas. Podría mencionar otras dificultades, pero de un modo u otro se desprenden de las que acabo de sincerar. Más recientemente comenzaron a proliferar las situaciones y las razones que me incitaron a escribir sobre Alicia y a iniciar un decurso encaminado a la superación de las taras señaladas.

En el nivel "macro", pesaron los cambios sociales y culturales de las últimas décadas, las luchas por memoria, verdad y justicia, las luchas aleccionadoras del movimiento de mujeres y del feminismo popular con su formidable dinamismo como experiencia emancipadora. El feminismo, notablemente, instituyó cambios hermenéuticos y epistemológicos. Entre otras cosas, puso de relieve la importancia de considerar el peso del género en la memoria y sumó una razón más que justifica la necesidad de su permanente reelaboración. También pesaron los cambios políticos y la necesidad de rehacer un imaginario histórico popular, crítico, rebelde, que esté a la altura de los desafíos del presente; que pueda funcionar como constituyente activo de un proceso de renovación político-cultural y que no se convierta en un adorno, en un peso muerto. Como parte de esos cambios debo señalar los efectos, políticamente paralizantes, de los procesos de asimilación de los viejos imaginarios plebeyos por parte del poder. Este libro también intenta librar una batalla narrativa para que Alicia siga actuando en/entre nosotros y nosotras (historia viva) y para evitar que se convierta en relato ajeno, incapaz de enraizarse (historia muerta). Todos estos cambios aportaron nuevos significados al cúmulo de información del que disponía.

En un nivel que se podría denominar "intermedio", hay que mencionar el acopio de novedades heurísticas. En primer término, la creación, en 2016, del Fondo Cooke-Eguren en la Biblioteca Nacional. Luego, la edición de las *Obras Completas* de Alicia Eguren por parte de la editorial Colihue, que suma con ellas una nueva contribución al pensamiento argentino en sus facetas más críticas, "raras", heréticas u olvidadas. El papel de Aurelio Narvaja, director editorial, ha sido determinante; sus funciones político-culturales siguen siendo encomiables y cada vez mas necesarias. Gracias a este inmenso esfuerzo editorial, el acceso a los materiales del Fondo Cooke-Eguren se ha tornado más sencillo y masivo. Cabe destacar, también, el inmenso aporte de Santiago Allende, Nicolás Del Zoto y Emiliano Ruiz Díaz, en particular su formidable trabajo de edición minucioso; la exploración, selección y ordenamiento del material y la elaboración de notas que ayudan a recorrer y a comprender la producción de Alicia. En realidad nuestro libro pretende ser una modesta introducción a las *Obras Completas* de Alicia, una invitación a su irremplazable lectura.

En este mismo nivel se puede considerar también la acumulación de materiales (algunos inéditos, otros muy pocos conocidos, la mayoría olvidados), incluyendo los escasos textos publicados sobre Alicia, muy valiosos y dignos en su gran mayoría, a excepción de algún que otro bodrio inspirado en el morbo o en la Doctrina de la Seguridad Nacional. O en ambas cosas a la vez.

En líneas generales fueron mujeres las que dieron a luz las mejores páginas sobre Alicia: Diana Carolina Alfonso, Antonella Álvarez, Margarita Bastian, Valeria Caruso, Mabel Belucci, Claudia Korol, Gabriela Pascual, Natalia Romé, Roxana Sandá y, principalmente, Maria Seoane, entre otras. Intuyo lazos de una nueva conciencia social, una potente sororidad subyacente, al margen de las diferencias que pueda haber en sus interpretaciones y sus visiones políticas. Esta circunstancia me recuerda que, como varón, camino al filo de la profanación.

Con el tiempo –en rigor de verdad, poco más de treinta años– fui reuniendo libros, artículos, cartas, fotografías y, sobre todo, testimonios de familiares, de personas que fueron sus amigas y amigos, sus compañeras y compañeros de militancia, o que simplemente conocieron a Alicia. Casi todas y casi todos aparecen mencionadas y mencionados en las páginas de este libro o figuran en un listado que agregamos al final. La información acumulada y una vasta red de vínculos personales (en última instancia, todos vínculos “políticos”) me colocó en una posición favorable a la hora darle la palabra Alicia, de hacer conocer su voz, sus entonaciones. Además, me impuso una responsabilidad política y literaria. Por lo menos así interpreto mi circunstancia.

Astrid Rusquellas no sólo aportó su testimonio personal de diversos modos, perspicaces, sutiles, cálidos –sospecho que por momentos deliberados– sino que también me acercó a una vivencia aproximada de lo que fue la comunidad político-afectiva constituida por Alicia y John.

Carlos Lafforgue realizó su aporte en un sentido similar, pero hizo algo mucho más importante, mantuvo a resguardo el archivo Cooke-Eguren. Tal vez durante demasiado tiempo. Pero eso ya no importa. He aprendido a reconocer la diferencia entre un tesoro y una fuente documental, y me niego a establecer jerarquías entre los diferentes sentidos. De no ser por su celo, hoy no dispondríamos de ese acervo histórico. También aprendí a reconocer cuando el dolor produce un *impasse* y hace imposible la palabra, el recuerdo. He intentando decodificar todas esas vibraciones.

El cineasta Carlos Castro, autor del documental *Alicia y John el peronismo olvidado*,² me permitió acceder a los “crudos” de las entrevistas de su película. Gracias a él pude ampliar mi espectro de testimonios locales y sumarle otros recavados en Cuba. Por otra parte, a lo largo de los últimos años, Carlos fue un interlocutor de lujo sobre temas relacionados con Alicia y John.

² Se trata de un documental con secuencias de ficción estrenado en 2009, donde la actriz Ana Celentano interpreta a Alicia Eguren y el actor Carlos Portaluppi a John William Cooke.

Las compañeras y los compañeros de la Cátedra Libre Ernesto Che Guevara de la Universidad Nacional de La Pampa (UNLPam), en especial Nilda Susana Redondo y Alejandro Urioste, generaron uno de los escasos espacios que, durante décadas y al margen de las modas eventuales, conservó el interés por la figura de Alicia (y John).

Varias compañeras y varios compañeros aportaron documentos, datos, sugirieron finos matices o palabras irremplazables, leyeron las primeras versiones o, de modo diverso, acompañaron y alentaron el proceso de elaboración de este libro: Silvia B. Adoue, Antonella Álvarez, Roberto Baschetti, Leda Berlusconi, H. Guillermo Cieza, Francisco "Pancho" D'Agostino (in memoriam) Graciela "Vicky" Daleo, Juan Del Pino, Francisco "Pancho" Farina, Nicolás Armando Herrera Farfán, Florencia Lance, Mailén Nicanoff, Sergio Nicanoff, Juan José Olivera, Hernán Ouviaña, Mariano Pacheco, Florencia Puente, Celina Rodríguez, Sebastián Rodríguez, Gabriel Rot, Daniel Sorín, Fernando Stratta, Nora Tamagno, Mabel Thwaites Rey, Vicente Zito Lema.

Melisa Blois no sólo me hizo comentarios agudos y atinados –justo en un instante de vacilación literaria– sino que también contribuyó con una admirable serie de acuarelas e ilustraciones sobre Alicia.

Cristina Angelini aportó generosamente documentos originales, trabajos de Alicia que considerábamos inhallables.

Manuel Gaggero, Eduardo Gurucharri y Jorge Pérez, además de sus respectivos testimonios militantes, aportaron bibliografía, contactos, sugirieron pistas, estimularon algunos rastreos directos o indirectos que invariablemente resultaron productivos.

Del mismo modo, Víctor Julio Gallego Soto sumó a su testimonio, un conjunto de documentos y de fuentes bibliográficas de gran valía.

Christian Wildner Eguren, el sobrino y ahijado de Alicia, me aproximó a diversos aspectos del entorno familiar, la relación de Alicia con sus padres, su hermana, etc., y aportó elementos que resultaron muy importantes para recomponer un perfil más completo de Alicia. Astrid Wildner Wybert, sobrina nieta de Alicia, no sólo me contactó con Christian, su padre, sino que siempre estuvo atenta a mi trabajo.

El saber y la calidez de Vera de la Fuente y Sonia Martínez, facilitaron mi trabajo con el fondo Cooke-Eguren en el Biblioteca Nacional.

María Pía Lopez, me regaló un texto lúcido y bello. Además me ayudó a detectar verbos escondidos en palabras y me alertó sobre el carácter inoportuno (e inarmónico) de algunos adjetivos. Con ella siempre es fácil coincidir y estimulante discrepar.

En un nivel micro no puedo dejar de señalar una circunstancia clave, porque fue la que dio inicio al proceso de escritura de este libro. Cuando la editorial El Colectivo publicó mi libro sobre John, *El hereje. Apuntes sobre John William Cooke*, a fines de 2016, Nadia Fink me recomendó enfáticamente la escritura de un libro sobre Alicia. En efecto, Alicia

era una verdadera "anti-princesa" y esa condición no pasó desapercibida para mi amiga. Además de ese impulso inicial, y ya en una primera etapa de elaboración de este trabajo, Nadia participó de algunas entrevistas en las que logró desactivar muchos atascamientos afectivos. Algunas de sus perspectivas enriquecieron las mías y, por cierto, enderezaron las más torcidas.

Finalmente, y también como parte del nivel micro, debo destacar el vínculo personal construido con Pedro Gustavo Catella Eguren, el hijo de Alicia. Su aporte ha sido fundamental en la elaboración de este trabajo. No sólo por las entrevistas que me concedió, o por los documentos que me facilitó, sino por las innumerables charlas "informales" que tuvimos en Buenos Aires y Ciudad de México y que, lo confieso, experimenté con predisposición de iniciado.

Es evidente que lo micro refiere a situaciones que rozaron lo particular y que determinaron que sea yo quien escribiera este libro y no otra escritora u otro escritor con más destreza literaria y/o investigativa. Por supuesto, todos los niveles señalados se relacionan entre sí.

Las responsabilidades político-pedagógicas que –así lo siento– emanan de mi propia militancia, los materiales de/y sobre Alicia que he reunido y revisado durante décadas, pero sobre todo los vínculos que, en forma paralela, he construido con aquellas personas que la conocieron, que compartieron con ella vida y militancia, me han impuesto el compromiso de la escritura. Confío en que mi empatía con la figura histórica de Alicia compense parcialmente algunas de mis deficiencias más notorias. Espero que los procedimientos casi "evangélicos" a los que recurrí no resulten abrumadores.

Lo que sigue es el testimonio de una búsqueda de una visión integral y de un sentido histórico. A pesar de la autoconciencia respecto de mis limitaciones, hago la apuesta por la escritura porque creo que puede funcionar como un medio para aproximarme a esa visión, a ese sentido. Y también para refutar la ética del éxito y la razón del vencedor. Las derrotadas, los derrotados, a la larga, siempre encuentran la forma de escribir la historia de un modo que adosa esperanza al recuerdo, con procedimientos que rehacen el verbo de las leyendas.

Los méritos de este trabajo, en caso de tenerlos, son colectivos: reflejan el aporte generoso, afectuoso (y absolutamente "interesado") de muchas personas. Espero no defraudarlas. Los deméritos son pura y exclusivamente míos.

Lo que sigue es la prueba de mi intento por restituir una proporción y por comenzar a desprenderme de las taras que mencionaba al inicio. Abrigo la esperanza de haberlo logrado, aunque más no sea en una medida muy modesta. Pero eso es algo que deberán determinar quienes lean este trabajo, en especial mis compañeras, mis compañeros, mis compañeres.

Miguel Mazzeo

Lanús Oeste, 2 de octubre de 2021